

Una bella historia de amor porno

Eloy Urroz

Parece que es *La bella de Moscú* la primera novela de Víktor Yeroféiev. Conoció un adelanto de la misma en las páginas de esta revista traducida del francés por Julián Meza. Éstas que ahora reseño están vertidas del ruso por Helena S. Kiúkova y Vicente Cazcarra. Debo imaginar que esos nefandos y peculiares giros autóctonos que en mucho recuerdan las traducciones que hiciera Manzano de los libros de Miller, e invaden la novela, son obsequio de Cazcarra. Con todo, la versión es buena si acostumbramos el oído. Debo decir que al leer el fragmento de Meza el año pasado quedé enamorado, junto con otros, de la novela. El erotismo bajo, escatológico y a veces increíblemente tierno del escritor ruso mantuvo mi interés hasta que recientemente la pude conseguir. Debo advertir que ya en las manos, mi interés y mi gusto no fueron los mismos. Desmayaron un poco. Sin embargo, *La bella de Moscú* se deja leer amablemente y casi diría de un tirón, cosa extrañísima en cualquier novelista ruso.

Esta es la historia de Irina, la bella, una de las mujeres más hermosas de su tiempo —¿los setenta?—, al menos desde su punto de vista, el cual, empalagosa, insiste en recordárnoslo para nuestro onanista regodeo de lectores. Podemos suponer que es cierto cuando encontramos a más de una docena envueltos entre sus faldas. Y con ella no caben distinciones, da lo mismo su sexo, el origen, su idioma y el color. Casi todos le gustan y también casi a todos desprecia en el fondo. Con todo, apreciamos un hilillo de cariño, de estima sincera de parte de Ira hacia cada uno. Y esto hace a la novela una historia inteligente y hermosa, un relato de amor, aparte de ser lo que es: un texto íntegramente pornográfico.

La obra de Yeroféiev merece destacarse por las mismas dificultades que su autor se impuso durante la confección de la misma (me gusta eso de confección por lo de entrega y lealtad que percibimos de parte de Yeroféiev hacia su heroína). En lugar de un narrador hay una narradora, la misma Ira, protagonista de todos los enredos que cuenta la historia. Al reconocerse y reconocerla una mujer ignorante y sin embargo muy honesta, era tarea difícil mantener un ritmo fuerte, divertido y a la vez literario sin

estropear la anécdota. En este sentido Yeroféiev cumple el requisito impuesto —sólo un par de rebabas culteranas se filtran por allí.

Es Ira, la bella, la narradora, la misma que cuenta su vida desde que conociera a su amante Vladímir Serguéievich, padre de su hijo, un feto aún. Aquí entra el segundo cometido de su autor. La novela tarda en ser contada el mismo tiempo de la gestación del bebé. Es decir, Ira cuenta una historia de amor —que son muchas historias al mismo tiempo— íntimamente vinculada con el proceso de creación de sus memorias. Son casi nueve meses, lo podemos suponer. Así la historia da comienzo *in media res*; ya han sucedido algunas cosas aunque todavía no hay un desenlace. Irina ni nadie sabe el final y esto hace más interesante la tragicomedia que está por celebrarse. Una primera mitad de la novela recrea una historia inmediata, que es urgente que conozcamos, empezando por su visita al ginecólogo hasta esa enorme cantidad de minucias amorosas con sus distintos amantes. Por fin viene su encuentro con Leonard, Vladímir Serguéievich, el político maduro y retirado, de enorme influencia en Moscú. Éste le da un hijo pero muere; con el tiempo nos enteramos que fue en su último orgasmo que ella concibió esa prenda de él. Es a partir de allí que ella toma las hojas y se pone a escribir, si no desde el principio sí desde que los cabos lleven inevitablemente hacia Vladímir Serguéievich.

Conforme avanza la novela, la histeria y la locura de Ira quedarán más o menos mitiga-

das, de allí el método de los primeros capítulos: una profusión de discursos continuamente rotos, dislocados, incongruentes, buscando siempre su tono, su resolución, los cuales pasan de un lugar a otro poniendo todo su énfasis en la pura capacidad mnemotécnica del lector, hasta una simple linealidad de la anécdota contada siempre en primera persona. Existe sólo un pasaje en la novela, sin duda uno de los más divertidos, en que el diálogo entre varios se dramatiza: una parodia del coro griego muy al estilo de Grass y Joyce. Allí se hace un recuento de sus culpas y se juzga a la protagonista. Aquí y en otras partes, Yeroféiev demuestra una capacidad de intuición femenina desusada en otros autores, como por ejemplo cuando hace decir a Ira que "La victoria era para mis amantes más importante que el placer" o bien: "No les gustaba amar, sino vencer"; también cuando piensa: "Comprendí entonces que el joven Bielojvóstov no entendía de mujeres" pues declara haberle lamido el culo a algunos, placer del que se ha perdido éste.

Ella ha de sufrir su calvario y éste es la novela —un vía crucis— y es esto lo que cuentan sus memorias, la más fiel documentación de su vida privada que no es tal pues un halo de fama la sigue por donde vaya. Nosotros rastreamos lo que medio Moscú ya sabe bien y con lo cual está indignado. El final es triste pero increíblemente seductor al contrario de lo que se piense: la bella se mata, se tira del balcón al no hallar nunca a su hombre ideal, a su marido inexistente, porque en el fondo ella cree en el amor. *La bella de Moscú*, una de las últimas entregas de la nueva literatura rusa —escrita en 1982 y publicada hasta 90—, es una hermosa historia de amor porno, una difícil tarea y también una feliz conjunción. ◇

Víktor Yeroféiev, *La bella de Moscú*. Anagrama, Barcelona 1990. 328 pp.

